

Cromacio de Aquileya

TRATADOS

TRATADO 8

PREPARAD EL CAMINO DEL SEÑOR

1. Volvamos pues al curso que seguíamos en nuestra lectura, para que la exposición que intercalamos no desbarate la secuencia de los hechos. Sigue pues: *En estos días vino Juan el Bautista [proclamando en el desierto de Judea: «Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos». Este es aquel de quien habla el profeta Isaías cuando dice: voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor,] haced rectas sus sendas*¹. Juan Bautista, que iba a ser el precursor del Señor para preparar sus caminos, no fue anunciado sólo por el testimonio de esta profecía, sino que también se dijo en la profecía de David, poniendo estas palabras en boca del Padre: *Preparé una lámpara para mi Cristo*².

Para entender de qué modo hay que preparar estos caminos del Señor debemos fijarnos en una comparación terrena que nos aclare las cosas celestiales. Pongamos pues ante nuestros ojos la llegada de algún rey de la tierra, cómo se acude con toda solicitud y cuidado al camino por donde se anuncia que va a venir, para que todas aquellas vías por las que el rey va a caminar se protejan con diligencia y empeño, se rellenen los baches, se allanen las irregularidades y se quite todo obstáculo, para no estorbar la ruta del que viene.

San Juan, precursor y servidor del Señor, que anunciaba la llegada del rey celestial, preparaba un camino al Señor en el pecho de los creyentes por las rutas de la salvación y de la fe; para que, limpios de todos los vicios pecaminosos por la confesión de la penitencia, todo lo que estaba hundido por el pecado se elevara hasta la fe; y lo que parecía elevado por la hinchazón de la soberbia se aplanara hasta la humildad; y el Señor se complaciera en avanzar por un camino tal, que no tuviera ningún obstáculo de infidelidad.

Y estos caminos del Señor que san Juan preparaba en el Evangelio también los muestra David en uno de sus salmos proféticos: *Hazme conocer, Señor, tus caminos e instrúyeme en tus sendas*³. Y luego dice cuáles son estas sendas: *Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad*⁴. Juan preparaba por tanto estos caminos de misericordia y verdad, de fe y justicia, de los cuales declara también así Jeremías: *Permaneced en los caminos del Señor, observad las sendas del Dios eterno y ved cuál es la vía del Señor y andad por ella*⁵. Y como el reino celeste se establece en estos caminos, con toda razón añadió san Juan: *Está cerca el reino de los cielos*⁶. ¿Quieres pues que también se acerque a ti el reino de los cielos? Prepara estos caminos en tu corazón, en tu mente, en tu interior. Allana en ti el camino de la pureza, el camino de la fe, el camino de la santidad. Compón las rutas de la justicia, quita de tu corazón todas las piedras de tropiezo que hacen de obstáculos, porque está escrito: *Quítad las piedras del camino*⁷. Y entonces verdaderamente, por los pensamientos de tu corazón y por los mismos movimientos de tu alma, a modo de sendas, entrará como un rey Cristo.

TRATADO 9

VESTIDO Y ALIMENTO DE JUAN BAUTISTA

1. El evangelista nos describió el tipo de vestido y el régimen de comida que siguió Juan Bautista: *El mismo Juan se vistió con piel de camello [con un cinturón de cuero a sus lomos, y su comida eran langostas] y miel silvestre*¹. En primer lugar se muestra así el género de vida celestial y la humildad gloriosa de Juan. No buscaba los vestidos preciosos del mundo quien había despreciado al mismo mundo; ni aguardaba una comida opulenta quien pisoteaba las delicias del mundo. ¿Qué necesidad tenía de los preciosos trajes del mundo quien estaba ataviado con la vestidura de la justicia? ¿O qué alimentos delicados de la tierra podía desear quien se apacentaba con las palabras divinas, aquel para quien el verdadero alimento era la ley de Cristo?

El precursor del Señor, profeta y apóstol de Cristo, convenía que fuera de tal categoría que despreciara las cosas del mundo y se entregara totalmente al Dios del cielo. Por eso, con razón le llama el Señor incluso «ángel»², porque estando en este mundo, pisoteaba al mismo mundo con una vida angélica.

Pero en esta forma de comer y vestir no sólo mostraba despreciar las cosas buenas del mundo, sino que se dolía por la iniquidad de este mismo mundo. Por esto deploraba con lágrimas la incredulidad del pueblo, a quien él exhortaba a la penitencia: *Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira futura? Dad pues fruto digno de penitencia*³.

Este cariño hacia el pueblo ya lo conocemos de los santos anteriores, de los cuales Juan se muestra compañero con este ejemplo. Moisés, a causa del grave delito del pueblo, se apenó con profunda tristeza; él, que se conmovió tanto por amor al pueblo que pidió ser borrado del libro de Dios si no se borraba el pecado del pueblo⁴. Josué, hijo de Nun, sucesor de Moisés, yace postrado en la presencia de Dios desde la mañana hasta la tarde en favor del pecado del pueblo⁵. Samuel llora, hasta el día de su muerte, por Saúl y por el pueblo entero⁶. Elías, a causa de la iniquidad del pueblo, se aflige con ayunos y se abstiene de comer⁷. Jeremías no deja de llorar los pecados del pueblo diciendo: *¿Quién me dará agua para el rostro y una fuente de lágrimas para mis ojos, para lamentarme día y noche por este pueblo*⁸? Y todos los profetas lloraron de modo parecido los delitos del pueblo.

2. Como ya hemos reconocido en este vestido y comida la humildad bienaventurada de san Juan, veamos ahora qué se puede entender en sentido espiritual. No hay duda de que en la túnica de Juan está figurada la vocación de la Iglesia, que está tejida por el Espíritu Santo con las diversas naciones, como con pelos de camellos, por medio de la predicación de profetas y apóstoles. En efecto, los gentiles, de los que se ha extraído la Iglesia, se comparan alegóricamente a los camellos.

Además, en el ceñidor de piel que le rodea la cintura se muestra el honor de la pureza y castidad con que Juan estaba verdaderamente ceñido, porque despreciaba su carne con la mucha abstinencia, como si fuese una piel muerta. Con este ceñidor de pureza también debemos vestarnos nosotros, según el ejemplo de Juan, como dice el Apóstol: *Que vuestra cintura esté ceñida en castidad*⁹. Por esto el Señor manda a sus discípulos en el Evangelio que tengan ceñida la cintura, pues mandaba la ley del Señor, en figura, que no se comiera la pascua sin tener la cintura ceñida, porque nadie merece comer de los divinos misterios si no tiene castidad en el alma y pureza en la carne.

Por otra parte, en las langostas que Juan tenía de alimento se designan aquellos que, antes de entrar en conocimiento de Dios, son llevados por su entendimiento inquieto e inestable por otros lugares, y se obstinan contra la fe. Pero éstos, una vez capturados por la gracia de Dios, se alimentan con la predicación de Juan, con la fe de los apóstoles y con su propia aceptación de la fe como con un alimento celestial, según lo que dice el Señor en el Evangelio: *Mi alimento es hacer la voluntad del Padre que me envió*¹⁰. También leyendo a Salomón conocemos que esta vocación de los gentiles se muestra en las langostas, cuando dice de éstas, entre varias comparaciones: *Y las langostas, que sin tener rey, a una palabra salen todas en orden*¹¹; es decir, los gentiles, que aun sin tener a Dios por rey, y desconociendo al autor de la vida y salvación humanas, una vez oída la palabra de la predicación evangélica, acuden unánimes y concordes en unidad de fe hacia la gracia de Dios. Y todavía otro profeta recuerda que las langostas designan a los gentiles: *Miré, y he aquí que venía una generación de langostas*¹².

En la miel silvestre notamos que se designa a los hombres justos y misericordiosos que se movían en la selva de este mundo, es decir en el error de este siglo. Efectivamente, la miel silvestre, aunque se recoge en un panal colocado allí sin ningún esfuerzo ni trabajo de los hombres y sin ningún cuidado o diligencia humana, no obstante es por sí misma naturalmente dulce. Así la mayoría de los gentiles, no instruidos por palabra alguna de la doctrina del cielo, antes de recibir el conocimiento de la ley divina, antes de ser recogidos dentro de la Iglesia para la fe, reteniendo en sí con buen natural la suavidad de una vida honesta, se comparan a la dulzura de la miel silvestre. Y de esto nos ofrece el claro ejemplo de sí mismo aquel santo centurión Cornelio¹³, que aunque no estaba obligado por ningún vínculo de la ley divina, viviendo en justicia natural cumplía los preceptos de la ley. Por ello es alabado por el Espíritu Santo en los Hechos de los Apóstoles con un testimonio de esta categoría: *Era Cornelio hombre justo y temeroso de Dios y hacía muchas limosnas al pueblo*¹⁴; a quien se le dice por el ángel: *Cornelio, han sido escuchadas tus oraciones y han ascendido tus oraciones como memorial ante la presencia de Dios*¹⁵. Y no es distinto el ejemplo que nos ofrece aquel eunuco de la reina de Candace. Aunque era de los gentiles, mereció por su justicia natural que enviara el Señor al santo diácono Felipe para bautizarle¹⁶. También el apóstol Pablo manifiesta claramente esto mismo cuando dice: *Porque los gentiles que no tienen ley, son para sí naturalmente ley, y muestran la obra de la ley escrita en sus corazones*¹⁷. De modo que, cuando unos espíritus de este tipo llegan al co-

nocimiento de Cristo, sin duda es como si ofreciesen miel a la predicación profética y apostólica, ya que llevan una vida dulce como miel; y así, de miel silvestre son transformados en miel doméstica¹⁸ para nuestro Señor y Salvador.

TRATADO 10

LA PREDICACIÓN DE JUAN EL BAUTISTA

1. Luego dice el evangelista: *Entonces salía a él toda Judea desde Jerusalén [y toda la región del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Pero viendo él venir muchos fariseos y saduceos al bautismo, les dijo: «Raza de víboras, ¿quién os enseñará a escapar de la ira que viene? Obrad pues dignos frutos de penitencia y no creáis que basta con decir en vuestro interior: “Tenemos por padre a Abraham”;] porque poderoso es Dios para suscitar de estas piedras hijos de Abraham»*¹. Ya antes Isaías había declarado la gracia que se daría en este tiempo en que Juan exhortaría a los pecadores a penitencia y, establecido en las soledades, bautizaría a los que confesarán sus pecados. Así dice: *Que se alegre el desierto y florezca como un lirio y florezcan y exulten las soledades del Jordán. Fortaleced las manos débiles y robusteced las rodillas vacilantes; los que tenéis poco ánimo, fortaleceos y no temáis*².

Exhortaba por tanto Juan a los que venían a él a que purgaran los pecados que habían cometido desobedeciendo los preceptos de la ley divina para que, satisfaciendo ante Dios con una digna penitencia, merecieran el perdón de aquel que

había dicho por el profeta: *No quiero la muerte del que está muriendo sino que se convierta y viva*³. Y otra vez: *Una vez convertido, cuando hayas deplorado [tus pecados], entonces serás salvo y sabrás dónde has estado*⁴. Y otra vez: *Conver-tíos a mí y yo me convertiré a vosotros, dice el Señor*⁵. Y otra vez: *Yo soy el Señor, que no me acuerdo de las maldades, siempre que el hombre se convierta de su mal camino y de todas las iniquidades que cometió, para que viva*⁶.

Por todo esto entendemos que en la confesión de los pecados se funda una gran esperanza de salvación. También por el ejemplo del santo Job sabemos que en esto no debe haber negligencia. Él ni siquiera calló los pecados que ignoraba, diciendo: *Pero si pequé sin saberlo y escondí mi pecado, no fue porque temiera a la muchedumbre de la gente de modo que no confesara delante de ellos*⁷.

2. Apremiaba san Juan a los fariseos y saduceos que venían a su bautismo diciendo: *Raza de víboras, ¿quién os enseñará a escapar de la ira que viene? Obrad pues dignos frutos de penitencia*⁸. Los que antaño fueron llamados hijos de Dios reciben ahora por razón de sus crímenes el nombre de raza de víboras porque, haciendo la voluntad del diablo, que fue llamado desde el principio «serpiente»⁹, ellos mismos se hicieron hijos del diablo, según aquello que dice el Evangelio: *Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis llevar a cabo los deseos de vuestro padre*¹⁰.

Acostumbra la Escritura a considerar a los pecadores como pertenecientes al linaje de los que pecaron, por similitud. Cuando dice: *Escuchad esto, príncipes de Sodoma; venid a la ley de Dios, pueblo de Gomorra*¹¹; y otra vez: *Tu*

*padre es un amorreo y tu madre hitita, y tu linaje de la tierra de Canaán*¹²; esta increpación la hace al pueblo de los judíos, que sabemos con certeza que no eran ni príncipes de Sodoma, ni pueblo de Gomorra, ni descendencia de padre amorreo y madre hitita, sino que se cuentan entre este linaje de criminales por la semejanza de su pecado. Por eso con toda razón les denunciaba Juan bajo tal acusación diciendo: *Raza de víboras, ¿quién os enseñará a escapar de la ira que viene? Obrad pues dignos frutos de penitencia*¹³. Es decir, que volviendo en sí de sus maldades escaparan al castigo del juicio futuro por una justa penitencia. Y también el santo Apóstol muestra que la ira significa el castigo eterno: *Pues si cuando éramos enemigos hemos sido reconciliados con Dios, ¿cuanto más nos salvaremos de la ira por medio de él?*¹⁴. Y otra vez: *Te atesoras ira para el día de la ira*¹⁵.

3. Y por eso, para rechazar contundentemente la soberbia de los que presumían provenir de un linaje santo, añadió: *Y no queráis enalteceros diciendo: Tenemos por padre a Abraham. Os digo en efecto que poderoso es Dios para suscitar de esas piedras hijos de Abraham*¹⁶. Eran hijos de Abraham, sí, según la carne, pero extraños a la fe y las obras de Abraham, de modo que en vano alardeaban del privilegio de su estirpe, como leemos en otro lugar: *Dijeron al Señor: Nosotros tenemos por padre a Abraham*¹⁷. Pero el Señor les responde: *Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham*¹⁸. Por lo cual, el que siga la fe y las obras de Abraham, ése merece escuchar que es hijo de Abraham, según lo que dice el Apóstol: *No todos los que son de Israel son israelitas, ni porque sean semilla de Abraham son todos hijos*

*suyos, sino que en Isaac se te dará una semilla*¹⁹. Es decir, no quienes son hijos de la carne son hijos de Dios, sino que a la semilla se atribuyen los hijos de la promesa. Pues quienes no responden a la santidad de su linaje pierden la dignidad del linaje. Y por eso añadió Juan: *Os digo que poderoso es Dios para suscitar de esas piedras hijos de Abraham*.

Veamos pues quiénes son estas piedras de las cuales Juan promete que van a surgir hijos de Abraham. No hay duda de que en estas piedras están representados los gentiles, de entre los cuales, una vez rechazados los judíos por incrédulos, surgen los creyentes en Cristo como dignos hijos de Abraham en razón de su fe. Según lo que se dijo a éste: *Porque te he establecido como padre de muchos pueblos*²⁰. Pues también el Señor mostró en el Evangelio que estas piedras, después de la incredulidad de los judíos, acudirían con el clamor de la fe a la alabanza de Dios, cuando dice a los judíos: *Si éstos callaran, gritarán las piedras*²¹. Y notamos que estas piedras se comparan a los gentiles²² bien sea porque daban culto a las piedras, bien porque endurecían sus corazones con un entendimiento como petrificado y obtuso, que ya el Señor había predicho que les iba a arrancar, cuando dice: *Arrancaré de ellos los corazones de piedra y les daré un corazón de carne, y escribiré mis leyes en sus corazones, y en su entendimiento las escribiré*²³.

TRATADO 11

EL BAUTISMO EN ESPÍRITU Y FUEGO

1. Luego sigue: *Y ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto se cortará y se echará al fuego*¹. En esta hacha está claro que se representa el poder de la palabra divina, según dice el Señor por medio del profeta Jeremías: *¿No es mi palabra como fuego, dice el Señor, y como hacha que destroza las piedras?*². Así pues esta hacha, que en este bosque del género humano está puesta junto a las mismas raíces de la fe interior, amenaza siempre con la severidad del divino juicio, por el cual los árboles que no dan frutos, es decir los hombres estériles que no son fecundos en ningún fruto de fe, una vez cortados se destinan al fuego perpetuo. Y también con el testimonio de Ezequiel se confirma que esta hacha es el poder del juicio divino, cuando los ángeles, tras recibir unas hachas, son destinados por el Señor para devastar a los incrédulos. Así está escrito en efecto: *Y tendrá cada uno un hacha en su mano*³, y se les dijo: *Id, recorred y matad y no perdonéis a nadie desde el más grande hasta el más pequeño. Pero a aquel sobre quien encontréis mi signo no lo toquéis; y comenzad*

por mis mismos santos⁴. Por tanto con semejante hacha evangélica se corta a los que no creen, pero los creyentes son purificados para que sean capaces de dar frutos mejores.

2. Y les dice: *Yo os bautizo en penitencia [pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. En su mano tiene el biello y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero las pajas] las quemará en un fuego inextinguible⁵*. Juan, por tanto, bautizaba al pueblo en penitencia según el decreto de la compasión divina, como manifestó el Señor mismo en el Evangelio diciendo a los judíos: *Las meretrices y los publicanos os preceden en el reino de Dios⁶*. Pues éstos aceptaron ser bautizados con el bautismo de Juan. En esto se muestra ser decisión de Dios que cada uno fuera purificado con el bautismo de Juan por la confesión del pecado, y así se le considerara digno del don de la gracia celeste; no fuera que no se dignara entrar el Espíritu Santo por estar manchados los cuerpos con los pecados, según lo que está escrito: *El Espíritu Santo, que es espíritu de instrucción, huirá lo que es fingido⁷*. Y otra vez: *En el alma malvada no entrará la sabiduría, ni habitará en el cuerpo sometido a los pecados⁸*. Por eso con toda razón bautizaba Juan con un bautismo de penitencia; para preparar un camino al Señor y una morada al santo Espíritu una vez lavados los corazones de los hombres de las suciedades de los pecados. Y esto mismo lo muestra el Señor también por Isaías, cuando dice: *Lavaos, quedaos limpios, arrancad la iniquidad de vuestras almas⁹*.

3. Dice por tanto Juan: *Yo os bautizo en penitencia pero viene detrás de mí uno más fuerte, cuyas sandalias yo no soy*

*digno de llevar. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego*¹⁰. San Juan, sí, bautizaba con un bautismo de penitencia, pero anunciaba que vendría otro bautismo mejor en fuego y Espíritu Santo. Y si decía que venía detrás de él quien había de suministrar este bautismo, que era más fuerte que él y a quien no era digno de llevar las sandalias; y si Juan, el mayor entre los profetas, el primero entre los apóstoles, lleno de Espíritu Santo cuando estaba en el vientre de su madre, preferido a todos entre los nacidos de mujer (en palabras del Señor), que incluso fue llamado «ángel»; si él, decimos, se confiesa indigno de llevar las sandalias del Señor, ¿cómo es que la impiedad de los herejes se ha atrevido a negar que Cristo es Señor, cuando un profeta tan grande por medio de esta confesión de la dignidad divina declara sin sombra de duda que es Dios?

4. Pero ahora debemos prestar atención a lo que quieren decir estas «sandalias» según el sentido espiritual. Sabemos que se dijo antiguamente a Moisés: *Quítate las sandalias de los pies. Pues el lugar en que estás es tierra sagrada*¹¹. También leemos que a Josué, hijo de Nun, se le dijo algo parecido: *Desata los cordones de tus sandalias*¹².

Pero en el hecho de que les mande el Señor desatarse las sandalias de los pies entendemos que se muestra la figura de la verdad venidera. Pues en la ley se dijo que, si alguien no quiere tomar a la mujer de su hermano después de la muerte de éste, se quite la sandalia para que otro, hecho esposo de ésta, le suceda según el derecho de la ley¹³. Este precepto prefigurado en la ley lo vemos cumplido en Cristo que es el verdadero esposo de la Iglesia. Por eso, ya que ni Moisés el legislador podía ser esposo de la Iglesia, ni tampoco Josué el guía del pueblo, con toda razón se les dijo

que desataran la sandalia de sus pies, porque se esperaba que iba a venir Cristo, verdadero esposo de la Iglesia, del que cuenta Juan: *El que tiene a la esposa es el esposo*¹⁴. Y se confiesa indigno de llevar o desatar sus sandalias.

Y además estas sandalias son signo también de las huellas de la predicación evangélica, según lo que manifiesta el mismo Señor por medio de David cuando dice: *Sobre Idumea echaré mis sandalias*¹⁵, es decir que muestra el avance de la doctrina evangélica por todas partes a través de sus apóstoles¹⁶.

5. *Éste bautiza en Espíritu Santo y fuego*. Uno fue el bautismo de Juan, otro el del Señor; aquél de penitencia, éste de gracia y santificación por el cual obra el Espíritu Santo en cada creyente a modo de fuego para abrasar los pecados, quemando los delitos, purificando las impurezas de la carne y del alma, según refirió Isaías que *lavará el Señor las impurezas de los hijos e hijas de Sión y purificará la sangre que hay en medio de ellos con un espíritu de juicio y un espíritu abrasador*¹⁷. Esto es lo que declara Juan en nuestro pasaje al decir: *Él mismo os bautizará en Espíritu Santo y fuego*. También quiere el Señor que prenda este fuego del Espíritu Santo al enviarlo a la tierra, como Él mismo dice: *He venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que prenda?*¹⁸, es decir, que la tierra de nuestro cuerpo, quemadas las impurezas de los pecados, arda por obra del Espíritu Santo. Conoció también Isaías este fuego del Espíritu Santo, con cuyo ardor se gloria de que le fueron purificados los pecados. Así dice en efecto: *He aquí que uno de los serafines tomó con unas tenazas un carbón del altar y tocó mis labios y me dijo: He aquí que he arrancado tus*

*iniquidades y he purificado tus pecados todo en torno de ti*¹⁹. También Jeremías, cuando profetizaba por el Espíritu Santo, declaró que tenía fuego dentro de sí. Y tampoco David ignora que con este fuego se purifican como la plata los cuerpos de los fieles: *Plata probada al fuego, purificada siete veces de la tierra*²⁰; porque como el fuego vuelve inmediatamente a su color natural la plata que se introduce en él, una vez abrasadas todas las impurezas, así el Espíritu Santo conduce al hombre purgado de los vicios de sus pecados a la gloria de la naturaleza espiritual. Por eso también en los Hechos de los Apóstoles apareció como fuego el Espíritu Santo sobre los apóstoles y los creyentes. Así dice, en efecto: *Y se posó sobre cada uno de ellos y aparecieron unas lenguas como de fuego repartidas sobre ellos*²¹.

Pero se trata también de aquel fuego eterno, verdadero vengador del juicio futuro, en el cual los pecadores, perdida la gracia del Espíritu Santo, se purificarán con un incendio como si se tratara de un bautismo de castigo. De esto dice el Señor en el evangelio: *No saldrás de allí hasta que no pagues el último cuadrante*²², mostrando que no podrá ser liberado del castigo del fuego hasta que no haya pagado incluso por el más pequeño pecado con el baño del castigo. Y se sabe que también esto quiso decir el Apóstol al afirmar: *El fuego probará de qué valor es la obra de cada uno; si su obra permanece, recibirá una recompensa; si su obra arde, sufrirá una pérdida. Éste sin embargo será salvo, pero como a través del fuego*²³.

6. Por lo cual con toda razón sigue: *Con el biello en la mano purificará su era, pondrá el trigo en los graneros; pero las pajas las quemará en un fuego inextinguible*. Se refiere

al biello del juicio divino en el que separará, según el juicio de la equidad divina, a los pecadores de los justos, como las pajas del trigo. Por tanto, con tal biello va a purificar en el juicio futuro la era de su Iglesia, cuando guarde a sus justos a modo de granos de trigo incorruptos en unos como graneros, es decir en la morada celeste. Pero a los pecadores los entrega como pajas, para ser abrasados con fuego inextinguible.